

PROSA CANÍBAL

Juan Carlos Kreimer

PROSA CANÍBAL

INTERZONA

INTERZONA

Kreimer, Juan Carlos

Prosa caníbal / Juan Carlos Kreimer. - 1a ed. - Buenos Aires :

Interzona Editora, 2018.

232 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-3874-85-7

1. Novela. 2. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A863

© Juan Carlos Kreimer, 2018

© interZona editora, 2018

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Leila Gamba

Composición de interior: Brenda Wainer

Ilustración y composición de tapa: Juan Pablo Cambariere

Corrección: Mónica Campos

ISBN 978-987-3874-85-7

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Es en Harrods. Vamos a dejarle una carta a Papá Noel. Me tiene sentado sobre las rodillas cuando descubro que debajo del traje rojo asoma el cuello de una camisa blanca y una corbata oscura.

—Te habrá parecido —dice mamá.

No le respondo. Pum. Mamá no existe.

El carro tirado por un caballo nos trae del jardín de infantes, a los que hacemos lío Ponce nos amenaza con tirarnos a un pozo ciego. Juancho, mi amigo, mira a su papá limpiar un pozo de la cloaca, se cae y lo sacan recubierto de mierda. De una piña le rompo la nariz a Antonito, el chico de enfrente, no hay ningún motivo para que le pegue, empieza a chorrearle sangre. Tengo errores de ortografía. La chica del ómnibus que siempre me da la mitad de su alfajor de un día para otro deja de venir, otra que baja después me hace burla. La tía Jaroise tiene dos pelos que le salen de un lunar en la mejilla. Escucho que mamá grita y abro la puerta de su dormitorio, papá se da vuelta y me clava los ojos rojos. Primero el sujeto, después el verbo, al final el predicado, dice la Srta. García. Dioni llora arriba, en el cuarto de servicio. Leer es jugar solo. Cuatro chicas de la cuadra, apenas mayores que yo, me dicen: Vení al fondo del jardín, queremos mostrarte algo: una gira y me da la espalda, se levanta la pollera y me muestra la cola, otra le pega con una ramita, las demás no respiran, yo no puedo dejar de mirarle una mancha de nacimiento. Me aburro, qué hago aquí, escribo en el margen del cuaderno de tercer grado, mientras la Srta. García nos muestra cómo se lee una lectura (sic). Ahora voy

al colegio en el tren, a cada pasajero le invento una historia, esa señora está triste porque no consiguió los remedios, ese hombre sueña con tener un auto, esos muchachos que se ríen de las chicas no saben que las chicas se ríen de ellos. Alguien de los que va en este vagón va a morir antes de fin de año. Algunas cosas mejor no las digo. Vi quién se metió en el bolsillo las bolitas transparentes. El abuelo se va a morir, en casa piensan que no me doy cuenta de por qué todos están así. Cuando la Srta. García nos da una composición tema escribo de esta manera, otra no me sale, siempre me pone regular más.

—Yo te la hago para que veas cómo se hace —mamá escribe la siguiente tarea, yo la paso al cuaderno de clase con mi letra más pareja. Nos ponen Muy bien 10. Con signos de admiración.

El abuelo va a seguir viniendo los fines de semana, aunque esté muerto. Algunas personas caminan a veinte centímetros del piso. Hay bichos que nacen de la nada. Todo lo que hacemos y decimos queda guardado en algún lugar. Muchos chicos y compañeros de la escuela se apartan cuando me oyen decir estas cosas. Cortala, cortala. Un ojo en mí capta detalles y arma mundos paralelos. Historias no del todo ajenas a lo que vivo.

No las invento, salen de mi forma de ver. De tanto en tanto me parece que pasa algo raro en mi cabeza. Que es de otro, no mía. Me asusta, claro. Y al mismo tiempo no. Quizás por eso tartamudeo.

Al pasar por la juguetería de Harrods ya no me interesa ninguno de los autitos Matchbox que iba a pedirle a Papá Noel. Mamá insiste con que al menos escuchemos uno de los villancicos que cantan en la puerta de la calle Florida. Me suelto de su mano.

Dioni es la primera que lo tuvo en brazos. Era la única que sabía mecerlo para que se durmiera. Nunca nadie menciona que ella le haya dado de mamar. El chico parece recordarlo: cada vez que Dioni lo abraza o sus tetas asoman por el escote, él siente un cosquilleo

agradable en todo el cuerpo. Desea permanecer acurrucado entre sus brazos.

De la cocina nace una escalera que sube a una sala diminuta donde están el lavarropas, la mesa de planchar y un par de sillas. Ella duerme en un pasillo que está detrás, su cama es angosta. Para ir a la terraza hay que caminar de costado contra la pared.

Muchas tardes el chico juega en ese primer piso mientras Dioni plancha o está recostada. Ella suele sentarse en una de las sillas, apoya los pies sobre la otra y lee alguna *Selecciones* vieja.

El chico estaciona los autitos debajo de la pileta de lavar. Le gusta inventar que uno está roto y necesita ir al mecánico. El taller funciona debajo de las piernas de Dioni. Gatea empujando el autito, ella levanta las rodillas, el cuerpo del chico cabe justo bajo la carpa formada por su pollera. Todo en ese cuarto huele a jabón de lavar la ropa.

Desde el taller el chico oye cómo Dioni da vuelta las páginas y cuando chupa de la bombilla. Para probar cómo anda el autito lo pasa a lo largo de las piernas de ella, desde los tobillos hasta las nalgas, para un lado, para otro. Dioni no tiene cosquillas. El chico cada vez se acerca más a la oscuridad que hay entre sus piernas. Cuando llega al elástico de la bombacha una mano lo atrapa por encima de la pollera. Coche arreglado puede volver al garaje, dice la voz de Dioni. Ella puede tener veinticinco años entonces, yo cinco.

Si estaban ahí desde hace mucho, digo cuando me preguntan por qué saqué las monedas que había en el cajón de los repasadores. ¿Qué necesidad tenés de irte tan lejos con la bici? ¿Para qué pensás esas cosas? ¿Por qué no querés venir con nosotros a lo de tío Idale? Cada vez que les respondo por que no me da la gana suspiran y ponen cara de con éste no hay nada que hacerle.

Lo sé: no les gusta mi manera de razonar. Ni de comportarme. Ni cómo soy. No puedo hacer nada por cambiarme.

Demasiado soñador. Mis viejos recurren a esas dos palabras para descalificarme o justificar ante otros que no soy como los demás chicos. Está ido. Tiene un mundo propio. Se distrae, no presta atención. Padece síndromes atencionales, esto lo apunta un psicopedagogo escolar. Hace preguntas que no tienen nada que ver con lo que estoy explicando, escribe la maestra en la columna Observaciones del boletín. No quiere entender que dos o juntas se pronuncian u, se queja la de inglés.

Una prima lejana, muy rara, bebe agua caliente, camina descalza sobre el pasto, mira fijo al sol. Pasa unos días en casa e intenta calmar a mis viejos: Al chico le cuesta encarnar, les dice. O quizás sea un alma antigua.

—Tiene voluntad perezosa —diagnostica un médico.

—No hay píldoras para los hechizados por la luna de Valencia —construcción típica de las que hace mi viejo.

—Tenés que esforzarte. Cuando ves que la mente se está yendo, traela de vuelta —me aconseja mamá—. Mirá cómo hacen los demás chicos. Imitalos.

El viejo es más rotundo:

—Si no cambiás ahora que te estás desarrollando, después será tarde: no vas a poder manejarlo...

—Te lo decimos por tu propio bien —ambos.

Como son “grandes”, supongo que más allá de los reproches saben de qué hablan. Les creo.

¿Y si eso que dicen no fuera como dicen?

Me resisto a aceptar que todo es como ellos lo ven, o como quieren que entienda. Cuando les doy el gusto, se tranquilizan y me sacan los ojos de encima. Pero al poco tiempo otra de mis conductas provoca un nuevo cortocircuito. Dioni me perdona todo.

El chico duerme abrazado a Dioni. Ella lo lleva a pasar las vacaciones a casa de sus padres, en el campo. Lo que ocurre, ocurre naturalmente, no hay otra cama. En casa del chico cada uno tiene la suya. En

casa de Dioni no hay sillones. Y el piso es tierra apisonada. En cada respiro su panza se infla y desinfla, el chico la siente contra la suya. Le recorre toda la piel con la punta de los dedos, le pasa la lengua por el pecho, huele su sudor. Dioni dejó abandonada una pierna sobre las de él. La escena puede haber ocurrido a la hora de la siesta, el chico la recuerda con nitidez. O bien de noche. Una o varias veces.

Aunque ya tenía ocho años, al volver de esas vacaciones mamá no vio nada raro en que durmiera en el primer piso cuando ellos salían.

La tierra no es la arena. La pala de plástico roja que tío Yaco le trajo de Norteamérica se quiebra al querer meterla entre las raíces de los yuyos que asoman en los bordes de la acequia. El chico quería hacer una bajada para los autitos. Dioni alcanza a rescatar unos metros más allá el pedazo que se lleva la corriente. Antes del almuerzo, el padre de Dioni mete una cuchara entre los leños de la cocina, saca un poco de cenizas y las vuelca sobre un papel. Casca un huevo con una mano, deja caer la clara sobre las cenizas y revuelve la mezcla con el mango de un tenedor.

Junto al papel, sobre la mesa, están las dos aletas rotas. Del líquido pegajoso que se estira sobre las cenizas va apareciendo una pasta gris. Después lo pasa sobre los bordes rotos y los junta cuidando de que queden a la misma altura. El chico lo mira hacer.

Durante el almuerzo nadie se sienta en esa parte de la mesa. Cuando terminan y sacan los platos, la pala roja sigue ahí. Al levantarse de la siesta, el resto de la tarde, durante la cena, y cuando se van a dormir, nadie se atreve a moverla. Recién al día siguiente el padre de Dioni la toma y con una lima de uñas rosada raspa la rebarba. De los dos lados queda solo una línea gris finita sobre el rojo brillante.

El día que trasplantan los nomeolvides que crecieron en unas latas oxidadas el chico clava la pala en la tierra seca. Otro verano un primo menor la pierde en la playa.

Leer me hace creer que soy grande, que no tengo mi edad. En casi todos los libros encuentro alguien igual a mí. Mowgli, Huckleberry Finn, David Crockett... sus vidas pueden ser la mía. Nada de lo que ocurre en la escuela me parece interesante. Odio ser un chico. Quiero que el tiempo pase lo más rápido posible.

Dioni duerme, el chico ni siquiera tiene que hacerse el dormido. Mientras no mueva el cuerpo ni salga de su abrazo, puede realizar cualquier movimiento. Baja la mano hasta donde termina el camisón y la sube imperceptiblemente, sin rozarle la pierna, sola se le desliza hacia los pelitos y los toca. Él todavía no tiene. Los de ella son muy suaves, se dejan acariciar, se van abriendo, sus dedos llegan hasta la piel, descubren una zona de pliegues, muy húmeda, recogen algo de esa humedad. El chico se lleva la mano a la boca. Su lengua no conoce ese sabor. Es algo de este mundo y de otro.

El chico no sabe qué palabra se usa para decir eso que siente. ¿Cómo hablar de lo que me produce ese contacto —lo que le produce al chico de cinco años que está en la cama de Dioni?

No quiero hablar de ningún pecado, ninguna violación a un menor, ningún niño herido, ni siquiera del amor genuino que ella pudo sentir por mí. El umbral de libertad que descubro ese verano no se cierra más. Escribo más adelante en mi diario:

Todavía no escribo desde ahí. Pero ya vivo ahí.

Otras veces que intento atravesar ese umbral y creerme un relato, aparece una voz que insiste en que lo abandone. Lo estás interpretando pero no lo comprendés, me dice. En algún plano, lo que para cualquier censor fue mal, para el chico fue bien.

Escribo a escondidas. Sobre las mismas hojas de carpeta que uso para el colegio, y la misma letra. Acostumbro a dejarme ir por mis abstracciones con el libro de Geografía para primer año abierto

en la cuenca hídrica de la provincia de Buenos Aires. Anoto las ideas y frases que se me ocurren en formato de cuadro sinóptico, después las pongo una después de otra. ¿Es eso escribir? Hacerlo me resulta tan mío como mirar por la ventana. Paso horas con la lapicera en la mano.

—Se empieza por ahí y nunca se sabe en dónde termina, miralo a Enrique... —Mamá se refiere a su primo escritor, único antecedente familiar en quebrar normas. Lo consideran un bohemio. Bohemio = piantado.

—Enrique es un *schleper*. —La frase, más que pintarlo, justifica y da otro significado a cualquier cosa que haga.

En el grupo de amigos despierto la típica sospecha varonil: si escribe poemas = ha de ser medio putito. ¿Qué más se esconde detrás de esa sensibilidad? Jamás les doy a leer nada. A las chicas sí les gusta saber que escribo, todas esperan que les dedique unos versos.

Los poemas y pequeños relatos que armo crean puntos de contacto con lo real, con algo que ocurrió o alguien cercano. O conmigo. En uno transcribo un sueño que me horrorizó. Con el cuchillo de mango negro que hay en el otro cajón de la cocina, le corto el cuello a mi mamá. Ella no dice nada. Ni antes ni después hay otras oraciones. Quiero que el personaje del cuento se despierte y huya sin saber a dónde va. Al escribirlo siento que me robo el sueño. No termino de desarrollarlo, me digo no, no puede ser posible. Doblo la hoja por la mitad y la deslizo entre la tapa y el forro del cuaderno. El cuaderno cabe justo entre el fondo del placar y la pared. Ponerlo es fácil, para sacarlo hay que atraerlo con el mango del plumero. Es lo que debe haber usado mamá.

—¿Cómo pudiste imaginar eso? ¿Qué hice para que quieras matarme...? —me pregunta aterrada. Miro al piso. Cree que no le quiero responder y se horroriza aún más—. Por Dios, decime que lo inventaste...

—Bueno, lo inventé.

Mamá pone cara de no creerme. A partir de ese día, mi mayor problema no es lo que escribo, sino dónde esconderlo. Error. El mayor problema es que, al escribir, un Pepe Grillo ya se me para en el hombro y parlotea: Cri cri mejor no lo digas. Cri cri esto no les va a gustar que se sepa Cri cri esto te expone demasiado. Dirán que no fue tan así... que de dónde lo sacaste...

Ese límite me fija a un idioma tácito que, además de callar y no revelar algunos secretos, “evita” pasar por los verdaderos nudos de conflicto, disgustos, situaciones que me dejan mal parado. Tiende a acomodar los hechos descriptos. Relativiza percepciones. Lo que podría considerar autocensura deviene falta de contacto.

Nunca le dije a Dioni ni me dije a mí mismo que la quería. Ésta es la primera vez que lo escribo.